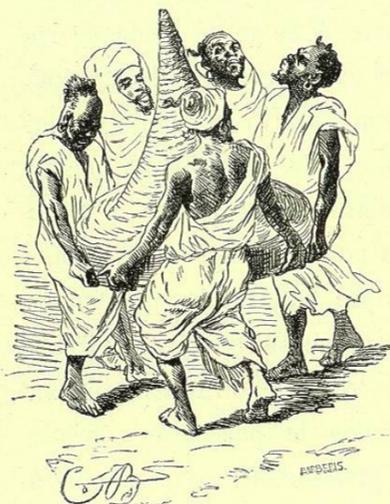


misión, entre la turbamulta de sus eminentes generales. Hamed-ben-Kassen recordaba frecuentemente, con verdadera satisfacción, que su padre había sido general durante la guerra con España, y de vez en cuando hablaba de sus hijos, que se hallaban con su madre en Mequinez, su ciudad natal.

—¡Tres meses hace, — nos dijo un día suspirando, — que no les he visto!



Un plato de alcuzcuz

Probablemente quería decir no *la* he visto; pero decía *les* por pudor.

Aquel día, después de haber asistido á la presentación de la *mona*, con la cual vino un plato de alcuzcuz, de dimensiones tan enormes, que eran menester cinco árabes para conducirlo, nos refugiamos, como siempre, al abrigo de las tiendas, para disfrutar los cuarenta centígrados, cuyos efectos se experimentaban

hasta las cuatro de la tarde, durante cuyo tiempo el campamento yacía sumido en el silencio más profundo. Á dicha hora recomenzaba la vida. Los pintores cogían los pinceles: el médico recibía enfermos: éste iba á bañarse: aquél á tirar al blanco: estotro á cazar: el de más allá á pasear por la campiña: quién á visitar á un amigo en su tienda: quién á presenciar las cargas de caballería dadas por la escolta: quién á visitar al cocinero, en lucha perenne con el Africa: quién á visitar los aduarez vecinos, con lo cual no faltaba que contar durante la comida, pues cada uno refería sus impresiones,

y la conversación era variada y estrepitosa como fuego de artificio.

Aquella tarde, al ponerse el sol, fuí con el comandante á ver á los soldados de la escolta, que corrían la pólvora en una extensa pradera, cercana al campamento.

Sentados en fila sobre el borde de un barranco, veíase un centenar de árabes que estaban mirando.

En cuanto nos vieron, primeramente algunos, después muchos más, al cabo todos, fueron levantándose y poco á poco se reunieron detrás de nosotros.

Por nuestra parte nos hicimos los distraídos.

Durante un rato ninguno se atrevió á chistar; pero al fin uno se decidió á desplegar los labios y dijo no sé qué; pero sí que provocó una risotada general. Después de aquél habló otro, un tercero después, y por último todos hablaban y todos reían, indudablemente á costa nuestra; pues, según pudimos colegir, lo que excitaba su hilaridad, eran nuestros movimientos y determinadas inflexiones de nuestra voz. Era natural, para ellos éramos entes por demás ridículos. ¿Pero qué podían decir? Habríamos dado algo bueno por saberlo.

Afortunadamente en aquel punto pasó muy cerca el señor Morteo: llaméle con disimulo, y le supliqué que se hiciera todo oídos, sin que pudieran notarlo los que nos seguían, á fin de traducirnos literalmente las bromitas que se permitían aquellos bribones respecto de nosotros. Excusado es decir que nos sirvió á maravilla.

Uno de ellos hizo de repente una observación, que como de costumbre provocó una carcajada.

—Dice, — tradujo nuestro acompañante, — que no com-

prende para qué sirven los faldones de nuestros trajes, si no están destinados para ocultar el rabo.

Al cabo de un rato nueva observación y nueva carcajada.

—Dice que la raya que divide nuestro cabello en la parte posterior de la cabeza, es el camino en que corren la pólvora los piojos.

Tercera observación y tercera carcajada.

—Dice que son muy ingeniosos estos cristianos, pues para aparentar una talla elevada, se encajan en la cabeza un vaso y dos puntales debajo de los talones.

Nueva observación, seguida esta vez de una carcajada estentórea.

—Esta es mayúscula, — nos dijo Morteo, — pues dice que este perro ha venido á ampararse de los otros perros... Pues ahora es la mía.

Así diciendo volvióse repentinamente y pronunció en árabe algunas palabras en tono amenazador.

Ni que hubiese caído un rayo habría producido mayor efecto. En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron todos como por encanto.

Mas, pobres gentes, convengamos en que les sobraba la razón. Prescindiendo de la carrera de los piojos, y de la hermandad con el perro, tenían motivos de sobras para pensar de nosotros, lo que pensábamos nosotros mismos cada vez que con ellos nos comparábamos.

Cien veces al día, contemplando aquellos arrogantes jinetes que á nuestro lado caracoleaban, decíamos los unos á los otros:

—Estamos civilizados, es cierto; somos los representantes de una gran nación; reunimos nosotros solos más caudal de conocimientos científicos que todo el imperio de los cherifes;

pero encajados en estas sillas y sobre estas mulas, vistiendo estas estofas, con estos colores, con estos ridículos sombreros, vive Dios que, en medio de ellos, parecemos nosotros los salvajes.

Y era verdad. El peor de aquellos jinetes, cubiertos de harapos, puesto á caballo, era más elegante, más apuesto, más digno de la mirada de una mujer, que todos los barbilindos de Europa reunidos.

Aquella tarde, mientras estábamos en la mesa, disfrutamos otro espectáculo.

Vinieron á visitar al embajador y se sentaron á su lado los dos cadíes más ancianos de la escolta.

Preguntóles aquél si habían oído hablar de Italia.

Y los dos contestaron inmediatamente, acompañando la palabra con la acción, cual si hubiesen tratado de desvanecer una sospecha:

—¡Nunca! ¡Nunca!

Entonces el embajador, tomando aires de dómine, les dió algunas noticias geográficas relativas á nuestro misterioso país, noticias que escuchaban como dos muchachos, con los ojos fijos y un palmo de boca abierta.

—¿Y qué población tiene vuestro país?— preguntó uno de ellos?

—Veinticinco millones, — contestó aquél.

El preguntante hizo un ademán de sorpresa.

—¿Y Marruecos, — preguntó el otro, — cuántos millones tiene?

—Cuatro, — dijo el embajador para tantear el terreno.

—¿Nada más?— dijeron ambos al par, mirándose el uno al otro.

Aquellos dos bravos generales no sabían de su país más que del nuestro, y tal vez de su provincia que del resto de Marruecos. Sea como quiera, antes de dejarnos soltaron otra que no valía menos que las precedentes.

El señor Morteo les puso de manifiesto una fotografía de su esposa, diciendo:

—Os presento á mi mujer.

Contempláronla detenidamente con verdadera complacencia, y de repente preguntaron los dos al par:

—¿Y las otras?

Ó no sabían, ó no recordaban en aquel instante, que los cristianos, infelices, sólo pueden tener una.

Aquella noche no hubo forma de poder dormir. Cacareaban las gallinas, ladraban los canes, balaban las ovejas, los caballos relinchaban, los centinelas cantaban, no cesaba un instante el campanilleo de los vendedores de agua, ni las disputas de los soldados sobre la distribución de la *mona*; los criados se tropezaban en los cordeles de las tiendas, y el campamento, en suma, parecía un mercado. Pero sólo restaban cuatro días de viaje y poseíamos una palabra mágica que de todo nos consolaba: — ¡Fez!



Castigo común en Marruecos

ZEGUTA

Al amanecer emprendimos el camino en dirección á Zeguta, satisfechos con la idea de que aquella tarde descubriríamos las montañas que se hallaban entre nosotros y Fez. Soplaba fresca brisa más bien de otoño que de primavera, y velaba la atmósfera una tenue neblina. Una porción de árabes envueltos en sus jaiques nos saludaban á la salida del campamento; los soldados de la escolta, entumecidos por el fresco, nos seguían en grupo, y los chucuelos del *aduar*, desde los vallados y las tiendas nos miraban con ojos soñolientos. Al cabo de algunos minutos brilló esplendoroso el sol; los curiosos aumentaron; desparramáronse los jinetes; llenóse el aire de gritos y ruido de descargas; todo